

Jn 2,13-25 Domingo III semana de Cuaresma

“Encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas y a los cambistas sentados delante de sus mesas. Hizo un látigo de cuerdas y los echó a todos del Templo, junto con sus ovejas y sus bueyes; desparramó las monedas de los cambistas, derribó sus mesas...

«El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en sus manos. El que cree en el Hijo tiene Vida eterna. El que se niega a creer en el Hijo no verá la Vida, sino que la ira de Dios pesa sobre él» (Jn 2, 14-15; 3, 35-36).

El Templo de Jerusalén es el símbolo de la presencia de Dios en medio del pueblo de Israel; el Templo se convierte en un lugar de encuentro y de vida en el espíritu. Por eso Jesús echa a los mercaderes...

Cristo con su resurrección nos ha rescatado del pecado, cada uno de nosotros nos convertimos en la morada del Espíritu Santo. Nuestro cuerpo es una realidad sagrada, fuente de vida para nosotros y para los otros.

Cuando no respetamos el cuerpo lo convertimos en una “cueva de ladrones” que nos roban la alegría y nos esclavizan. Nuestro cuerpo por la dignidad que poseemos por ser personas está orientada a la gloria de Dios. Sólo Cristo debe reinar en nuestro corazón.

Señor toma posesión de todo mi ser; quiero pertenecer a ti.

¡Jesús, libera mi corazón, para que sólo busque tu amistad!

¿Tengo conciencia de que mi cuerpo es templo de Dios?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc

